

JOSEFINA

Llegó ya la hora del sacrificio; se paran aquí, cerca, en el Cerro de las Campanas; ya no se escucha el ruido de los coches; subo á la azotea á ver lo que pasa.

EUGENIA

Recuerda, mamá, que antes que la curiosidad es el compromiso que hemos contraído de acompañar hasta sus últimos momentos á este desgraciado.

PEPE BRAMBILA

Ya es tarde; oigan lo que dice el pregón.

JOSEFINA Y EUGENIA

¿Qué dice? ¿Qué dice?

BRAMBILA

Es la intimación que se hace al público asistente á las ejecuciones; conforme á la ordenanza: «Soldados, en nombre de la Nación: será pasado por las armas cualquiera

que demande gracia para los tres condenados ó para cualquiera de ellos.»

(En esos momentos se escuchan tres descargas y un clamor que no se sabe si baja desde lo alto del cerro hacia el valle en que la ciudad se asienta, ó si sube de la ciudad hacia la colina. Inmensa estupefacción en todos.)

JOSEFINA

Ya todo acabó. ¡Qué horrible desgracia!

MIGUEL

Ya está satisfecha la justicia.



ANTONIO GRILL

ESCENA DÉCIMAQUINTA

Los mismos. GRILL y TUDOS.

Los dos criados llegan verdaderamente alarmados y llenos de aflicción; el triste fin de su amo, el temor que tienen de que les causen daño las fieras republicanas, la idea de encontrarse en país extraño y enemigo y el papel que acaban de desempeñar frente al regio ajusticiado, les hacen llorar á lágrima viva y enternecerse grandemente.

JOSEFINA

(Que mira á los criados del Emperador, se les acerca lamentosa, y tratando de mostrar más pena de la que siente dice á voces:)



¡Ya todo acabó, Grill; ya todo acabó, Tudos! Ha muerto el mejor amo del mundo, el primer caballero de estos tiempos menguados y prosaicos. Refiéranlo todo, refiéranlo, que queremos saberlo detalladamente.

GRILL

Venimos á buscar médicos que embalsamen el cadáver del Emperador. ¿Sabe usted dónde los haya?

JOSEFINA

Licea no tardará en venir y Rivadeneira está aquí; espérenles ustedes y entretanto cuéntenos lo sucedido, que ardo en deseos de saber cómo acabó el fénix de los caballeros, el gran señor á quien México no supo comprender ni estimar ni agasajar debidamente.

GRILL

Murió como un mártir, como un santo. ¡Qué resignación, qué bondad las suyas! Desde por la mañana se despidió de nosotros dejándonos recuerdos de su persona. ¡Como si necesitara dejarnos recuerdos materiales, quien tantos de otra clase nos legó! ¿Podía encontrarse en el mundo un príncipe más liberal, un caballero más honrado,

un amo más bondadoso, un hombre más discreto, un amigo más leal, que lo fué el Emperador?...

TUDOS

Luego que el Emperador subió al carruaje, se puso en movimiento la inmensa multitud aglomerada cerca de la prisión; difícil era, para los soldados que llenaban la calle y para los que seguían á los carruajes, detener aquella avalancha humana compuesta de gentes del bajo pueblo, de viejos vecinos de Querétaro y de las personas más calificadas de toda la población. Desde Capuchinas hasta el Cerro de las Campanas, siguieron á pie, anhelantes, llenos de curiosidad y de cariño, sombrero en mano, más de mil pelados que con las lágrimas en los ojos no se cansaban de gritar vivas al Emperador y á Mejía... Se escogió para el fusilamiento el mismo Cerro de las Campanas donde cinco semanas antes



José Tudos



Maximiliano había rendido su espada al General Corona... El Emperador caminaba sereno y tranquilo; sintiendo dificultad para abrir la portezuela del carricoche que le había conducido hasta el cadalso, saltó por encima de ella, abriendo después para que saliera su confesor; inmediatamente pasaron Miramón y Mejía; don Miguel estaba tan fresco y tan tranquilo como si mandara una parada. En el momento de entrar al cuadro, que estaba formado por cuatro mil hombres, los tambores batieron marcha y los clarines sonaron un toque que el Emperador no había oído nunca. «¿Es para fusilarnos?» preguntó Maximiliano á Miramón. «No sabré decíroslo, Sire, es la primera vez que me fusilan», respondió Miguel. Don Tomás caminaba á la zaga del cortejo, tembloroso y casi moribundo, conducido del brazo por su confesor... Poco trecho había del lugar donde bajaron los condenados al sitio de la ejecución: obra de cincuenta pasos que anduvieron con facilidad, colocándose cada uno cerca de una pilastra de adobes que se les había designado de antemano: la más alta era para Maximiliano, la de la derecha para Mejía y la de la izquierda para Miramón... «Yo no quiero ser Gestas en este Calvario», exclamó don Miguel; y entonces el Emperador, adelantándose, le cogió por los hombros y le dijo con bondad: «Un valiente como vos, tiene derecho á la consideración de su Soberano. Dejad que antes de morir os ceda el lugar de honor.» Abrazó á Mejía y se

dirigió hacia los soldados preguntando quiénes eran los que habían de tirar sobre él. Pertenecían los ejecutores á un batallón de Nuevo León, y luego que Su Majestad les hubo conocido entregó á cada uno un maximiliano de oro, recomendándoles que apuntaran directamente al corazón. Volvió al lugar en que debía morir, y elevando la voz pronunció con tono seguro una alocución en que



hablaba de su amor á los mexicanos y de su deseo de hacer su felicidad... Luego Miramón dijo unas cuantas palabras... En ese momento sonaron las descargas que acabaron con mi pobre amo y con sus amigos...

GRILL

¡Ah, señores! ¡qué cosa tan triste! Yo vi al muerto revolcándose en su sangre; la ropa se le había encendido, tenía



los ojos abiertos, las piernas extendidas, los brazos apretados contra el pecho, la boca abierta y mostrando los dientes negruzcos... Todavía le oí decir: «Hombre... hombre...» Entonces se adelantó un soldado, que por orden del capitán le dió el tiro de gracia cerca del corazón; Su Majestad extendió á todas partes su mirada límpida, clara, sencilla y acogedora, y cerró los ojos para siempre después de una convulsión tremenda con que salió el alma en medio de una terrible violencia...

(En esos momentos se oye una gran voz que dice palabras ininteligibles y luego exclama claramente: *¡Soldados, viva el Emperador!* Los presentes quedan suspensos, y cuando tras un rato de espera se acerca al moribundo y hace pruebas para convencerse de si está vivo Lapierre, Josefina les dice á los presentes: «Todo acabó.»

GRILL

Todo acabó para nosotros; murió nuestro excelente amo.

EUGENIA

Todo acabó.

(Sin saberse si se refieren á Lapierre ó á Maximiliano, los interlocutores dicen sucesivamente.)

GRILL

Fué un santo.

TUDOS

Fué un mártir.

JOSEFINA

Fué un caballero.

EUGENIA

Fué un artista.

BRAMBILA

Fué un iluso.

MIGUEL

Fué un filibustero y un usurpador; quien tal hizo que tal pague.

FIN DE LA OBRA